

—No hable usted de eso, señor mío, son ustedes unos niños—respondió la Cibot.—Nuestras economías están bien cuidadas en su poder, pues son ustedes más seguros que el Banco. Mientras nosotros tengamos un pedazo de pan, la mitad será suyo. Pero no merece la pena hablar de esto.

—¡Pobre *señora* Cibot!—dijo Smuke marchándose.

Pons guardaba silencio.

—¿Creerá usted—dijo la Cibot al enfermo, al verle quieto—que en mi agonía, pues he visto la muerte muy cerca, lo que más me atormentaba era dejarles solos, entre gados á sí mismos, y dejar á mi pobre Cibot sin un centimo? Son tan poca cosa mis economías, que si le hablo ellas es únicamente por lo que atañe á mi muerte y á Cibot que es un ángel. ¡Oh! el pobre me ha cuidado como á una reina, y lloraba ya mi muerte. Pero yo, á fe que contaba con ustedes, y le decía: «¡Bah! Cibot, mis señores no te dejarán nunca sin pan».

Pons no respondió nada á este ataque *ad testamentum*, la portera guardó silencio, esperando una palabra.

—Yo les recomendaré á ustedes á Smuke—dijo al fin el enfermo.

—¡Ah!—exclamó la portera—todo lo que usted haga estará bien hecho. Confío en usted y en su buen corazón. Y no le quejemos más de estas cosas, porque me humillan, mi querido señor. Piense usted en curarse, que vivirá más que nosotros.

Una profunda inquietud se apoderó del corazón de la señora Cibot, la cual resolvió incitar á su señor á que se expresase acerca de los legados que pensaba hacerle, y como por mera providencia, aquella noche, después de darle de comer á Smuke, que lo hacía al lado de la cama de Pons desde su amigo estaba enfermo, salió para ir á ver al doctor Poulain á su casa.

## CAPITULO XVII

### Historia de todos los comienzos en París

El doctor Poulain vivía en la calle de Orleans, donde ocupaba un piso bajo compuesto de una antesala, un sala y dos dormitorios. Un cuarto contiguo á la antesala, que comunicaba con el dormitorio del doctor, había sido

partido en gabinete. Una cocina, un cuarto para criada y una bodega dependían de aquella habitación situada en una de la casa, inmensa edificación construída bajo el Imperio, en el lugar ocupado por un antiguo palacio cuyo jardín asiste aún.

La habitación del doctor no había cambiado hacia cuarenta años. Las pinturas, los papeles, los adornos, todo ascendía al Imperio. Un mugre cuadragenario y el humo de los fuegos habían marchitado los espejos, los bordados, los dibujos del tapiz, los techos y las pinturas. Aquella pequeña habitación situada en el fondo del Marais, costaba aún mil francos anuales. La señora Poulain, madre del doctor, de sesenta y cinco años de edad, acababa su vida en el segundo dormitorio y trabajaba para los calzoneros cosiendo polainas, calzadores de piel, tirantes, cinturones, en fin, todo lo que concierne á este artículo bastante decadente hoy. Ocupada en dirigir la casa y á la única criada de su hijo, no salía nunca al jardín del salón. Viuda hacía veinte años, á la muerte de su marido había vendido sus existencias á su primer dependiente, el cual le daba bastante trabajo para que pudiera mantenerse unos seis reales diarios, y lo había sacrificado todo á la educación de su único hijo deseando crearle una posición superior á la de su padre. Orgullosa de su Esculapio de su hijo, continuaba sacrificándose en sus éxitos, continuaba sacrificándose en su deber de cuidarle y de economizar para él, soñando en verse pronto rico y amándole con inteligencia, cosa que no saben hacer todas las madres. Así, la señora Poulain, que se acordaba de haber sido sencilla obrera, no quería perjudicar á su hijo siendo objeto de risa, y ella misma se escondía en su cuarto cuando por casualidad iban á consultar al doctor á sus clientes distinguidos, ó cuando iban á visitarle á sus compañeros de colegio. El doctor no había temido, que avergonzarse nunca de su madre, á quien venía á visitar y cuya falta de educación estaba perfectamente compensada con su sublime ternura. La venta de las existencias de su marido había producido unos veinte mil francos, y la viuda había empleado en papel del Estado, y los mil francos de renta que producían, componían toda su fortuna. Durante mucho tiempo los vecinos vieron en el salón las ropas del doctor y de su madre colgadas en cuerdas. La criada y la señora Poulain lavaban y planchaban

con economía toda la ropa de la casa. Este detalle doméstico dañaba mucho al doctor, al que no se quería reconocer talento al verle tan pobre. Los mil cien francos de renta servían para pagar el alquiler. El trabajo de la señora Poulain, viejecita buena y gruesa, había sufragado los gastos de aquel pobre hogar durante los primeros tiempos. Después de doce años de persistir en su camino pedregoso, como el doctor ganase un millar de escudos al año, la señora Poulain pudo disponer de unos cinco mil francos, ó sea lo estrictamente necesario, como puede saber todo el que conozca París.

El salón, donde esperaban los visitantes, estaba mezquinamente amueblado con ese canapé vulgar de caoba tapizado con terciopelo de Utrech, cuatro sofás, seis sillas, una consola y una mesa para té, todo lo cual provenía de la herencia de su difunto padre. El reloj, cobijado siempre bajo su globo de cristal entre dos candelabros egipcios, figuraba una lira. Uno se preguntaba por qué procedimiento habían podido subsistir tanto tiempo las cortinas de las ventanas, que eran de indiana amarilla de la fábrica de Jouy. Obercampf había recibido felicitaciones del emperador por estos atroces productos de la industria algodонера en 1809. El despacho del doctor estaba amueblado de este mismo modo: era seco, pobre y frío. ¿Qué enfermo podría creer en la ciencia de un médico que no tenía muebles ni fama en una época en que el anuncio es omnipotente y en que se doran los candelabros de la plaza de la Concordia para consolar al pobre, persuadiéndole de que es un rico ciudadano?

La antesala servía de comedor, y la criada trabajaba allí cuando no estaba en la cocina ó cuando no hacía compañía á la madre del doctor. Al ver las cortinas de muselina roja en la ventana de aquella pieza que daba al patio, se adivinaba la miseria decente que reinaba en aquella triste habitación desierta la mitad del día. Los cajones debían ocultar restos de pasteles rancios, de platos oscados, corchos eternos, servilletas de una semana, en fin, las ignominias justificables de los hogares parisienses, que de éstos sólo pueden ir á las tiendas de los traperos. En aquel tiempo en que todo el mundo ocultaba su riqueza, el doctor, que contaba treinta años, dotado de una madre sin relaciones, permanecía solitario. En diez años no había encontrado la más pequeña ocasión de amoríos entre las familias donde ejercía su profesión, pues curaba á gentes de una esfera semejante á la suya y no

veía más hogares decentes que los de los pequeños empleados ó pequeños fabricantes. Sus clientes más ricos eran carniceros, panaderos, tenderos al por mayor y gentes que en su mayor parte atribuían su curación á la naturaleza para poder pagar las visitas del doctor á dos pesetas al ver que visitaba á pie. En medicina, el coche es más necesario que el saber.

Una vida vulgar y sin azares acaba por influir en el ánimo más aventurero, pues un hombre se amolda á su suerte y acaba por aceptar la vulgaridad de su vida. Así, el doctor Poulain, después de diez años de práctica, continuaba ejerciendo pobremente su profesión sin la desesperación que amargó sus primeros días. No obstante, acariciaba un sueño, pues todas las gentes de París tienen el suyo. Remonencq acariciaba un proyecto y la Cibot tenía el suyo. El doctor Poulain esperaba ser llamado por algún enfermo rico é influyente y obtener por recomendación del tal enfermo á quien curaría infaliblemente, una plaza de médico del hospital, de la cárcel, de los teatros ó de algún ministerio, pues había ganado ya su plaza de médico municipal por este procedimiento. Llamado por la Cibot, había cuidado y curado al señor Pillerault, propietario de la casa donde los Cibot eran porteros. El señor Pillerault, tío materno de la señora condesa de Popinot, mujer del ministro, se interesó por este joven cuya miseria adivinó cuando fué á darle las gracias, y exigió de su sobrino el ministro, que le veneraba, la plaza que el doctor ejercía desde hacía cinco años y cuyo escaso sueldo había llegado muy á tiempo para impedirle tomar el violento partido de la emigración. Para un francés, tener que irse de Francia es una situación fúnebre. El doctor Poulain fué, pues, á dar las gracias al conde Popinot; pero siendo Bianchon el médico del ilustre hombre de Estado, el solicitante comprendió que no podría visitar en aquella casa. El pobre doctor, después de haberse alabado de obtener la protección de uno de los ministros influyentes, se vió sepultado como siempre en el Marais, donde visitaba á los pobres y á la clase media, y donde quedó encargado de certificar las defunciones por el módico sueldo de mil doscientos francos al año.

El doctor Poulain, interno bastante distinguido, no carecía de experiencia. Por otra parte, sus muertos no escandalizaban y podía estudiar todas las enfermedades *in anima vili*. ¡Juzgad, pues, qué humor tendría! La expresión de su cara, larga y melancólica, era á veces espantosa. Poned en un

pergamino amarillo los brillantes ojos de Tartufo y la actitud de Alcestes, y después figuraos el paso, la actitud y las miradas de aquel hombre, que siendo tan buen médico como el ilustre Bianchon, se sentía mantenido en una esfera obscura por una mano de hierro. El doctor Poulain no podía menos de comparar sus facturas de diez francos con las de Bianchon, que ascendían á quinientos ó seiscientos. ¿No hay para concebir todos los odios de la democracia? Por otra parte, aquel ambicioso rechazado no tenía nada que reprocharse, pues había intentado hacer fortuna inventando unas píldoras purgantes semejantes á las del doctor Morisón, y había confiado su explotación á un compañero de hospital que era farmacéutico; pero el farmacéutico, enamorado de una figurante del Ambigú Cómico, se había declarado en quiebra, y como el privilegio de invención de las píldoras purgantes estaba á su nombre, este inmenso descubrimiento había enriquecido al sucesor. El antiguo interno se había ido á Méjico, patria del oro, llevándole mil francos de economías al pobre Poulain, el cual, para colmo de desgracia, fué tratado de usurero por la figurante cuando se presentó á pedirle su dinero. Desde que había tenido la suerte de curar al señor Pillerault, no se le había presentado ningún cliente rico. Poulain corría á pie todo el Marais, y de veinte visitas, sólo obtenía dos de á dos pesetas. El cliente que pagaba bien era para él ese pájaro fantástico llamado mirlo blanco en todos los mundos sublunares.

El joven abogado sin causas y el joven médico sin clientes son las dos mayores expresiones de la desesperación decente propia de la vida de París, esa desesperación muda y fría vestida con levita y pantalón negros con costuras blancas, un chaleco de satén reluciente, sombrero cuidadosamente conservado, guantes viejos y camisas de indiana. Es todo un poema de tristeza. Las demás miserias, las del artista, las del poeta, las del cómico, las del músico, están aliviadas por las jovialidades propias del arte y por la indiferencia de la vida bohemia, que conduce á las Thebaidas del genio. Pero esas dos levitas negras que van á pie llevadas por dos profesiones para las que todo son llagas; esos dos hombres tienen expresiones siniestras y provocadoras, y miradas de las que brotan el odio y la ambición. Cuando dos amigos de colegio se encuentran después de veinte años, el rico evita al pobre, no le reconoce y se asombra de los abismos

que el destino ha abierto entre ellos. El uno ha recorrido la vida montado en los fogosos caballos de la fortuna ó en las nubes del éxito; el otro ha caminado subterráneamente por los sumideros parisienses y lleva sus estigmas. ¡Cuántos antiguos amigos evitaron el encuentro del doctor al ver su levita y su chaleco!

Ahora es fácil comprender cómo el doctor Poulain se había prestado á desempeñar tan bien su papel en la comedia del peligro de la Cibot. Todas las codicias, todas las ambiciones se adivinan. Al no encontrar ninguna lesión en ningún órgano de la portera, al admirar la regularidad de su pulso y la perfecta facilidad de sus movimientos, y al oír que lanzaba grandes gritos, comprendió que tenía interés en fingirse medio muerta. La rápida curación de una enfermedad grave fingida, tenía que darle fama en todo el distrito; así es que exageró el pretendido esfuerzo de la Cibot y habló de resolverlo acudiendo á tiempo. En fin, sometió á la portera á pretendidos remedios, á una fantástica operación que fué coronada con un pleno éxito, buscó en el arsenal de las curas extraordinarias de Desplein un caso extraño, se lo aplicó á la señora Cibot, atribuyó modestamente su éxito al gran cirujano y se dijo imitador suyo. Tales son las audacias de los principiantes en París. Todo les sirve de escala para medrar; pero como que todo se gasta, incluso los peldaños de las escalas, los principiantes de cada profesión no saben ya con qué madera hacerse los tramos. En ciertos momentos, el parisiense es refractario al éxito. Cansado de levantar pedestales, se enfurruña como los niños mimados, y no quiere ídolos, ó mejor dicho, los hombres de talento no satisfacen á veces sus caprichos. El filón de donde se extrae el genio tiene sus lagunas, y entonces el parisiense o pone resistencia y no siempre se aviene á dorar ó á adorar las medianías.

Entrando con su brusquedad habitual, la señora Cibot sorprendió al doctor sentado á la mesa con su anciana madre, comiendo una ensalada y teniendo por único postre un ángulo agudo de queso de Brié unido á algunos racimos de uva y un plato de miel.

—Madre mía, puede usted quedarse—dijo el médico reteniendo á la señora Poulain por el brazo.—Es la señora Cibot, de quien le he hablado á usted.

—Mis respetos, señora. Mis saludos, señor—dijo la Cibot, aceptando la silla que le ofreció el doctor.—¡Ah! ¿es su se-

ñora madre? ¡Qué feliz es teniendo un hijo de tanto talento! porque es mi salvador, señora, me ha sacado de un abismo.

Al oír que alababa á su hijo, la señora Poulain encontró encantadora á la Cibot.

—Mi querido señor Poulain, aquí, para entre nosotros, vengo á decirle que el señor Pons va muy mal y tengo que hablarle respecto á él.

—Pasemos al salón—dijo el doctor Poulain señalando á la criada mediante un gesto significativo.

Una vez en el salón, la Cibot explicó largamente su situación con los dos amigos; repitió la historia de su préstamo, aumentándolo, y contó los inmensos servicios que había hecho en diez años á los señores Pons y Smuke. A dar fe á sus palabras, aquellos dos ancianos no existirían á no ser por sus cuidados maternos. Se dió aires de ángel tutelar y dijo tantas y tantas mentiras, mezcladas con lágrimas, que acabó por enternecer á la señora Poulain.

—Mi querido señor, ya comprende usted que es preciso saber á qué atenerse acerca de lo que el señor Pons cuenta hacer por mí, en el caso de que llegase á morir, cosa que no deseo, porque, mire usted, señora, mi vida está cifrada en cuidar á esos dos inocentes; bien es verdad que, aunque me faltase el uno cuidaría al otro. A mí la naturaleza me ha creado para ser rival de la maternidad. No sé lo que sería de mí sin alguien por quien interesarme, sin algún hijo adoptivo... Si el señor Poulain quisiese, me haría un favor que yo agradecería mucho, hablando de mí al señor Pons. ¡Dios mío! Yo les pregunto á ustedes: ¿acaso es demasiado mil francos de renta? Tanto más ganará el señor Smuke. El enfermo me ha dicho que me recomendaría á ese pobre alemán, el cual será, al parecer, su heredero. Pero ¿qué es un hombre que no sabe hilvanar dos palabras en francés y que, además, es capaz de irse á Alemania después de la muerte de su amigo?

—Mi querida señora Cibot—respondió el doctor poniéndose grave,—esta clase de asuntos no conciernen á los médicos y podrían prohibirme el ejercicio de mi profesión si supieran que yo intervenía en las disposiciones testamentarias de alguno de mis clientes. La ley prohíbe al médico aceptar ningún legado del enfermo.

—¡Qué leyes más bestias! porque ¿quién puede impedirme á mí el repartir el legado con usted?—repuso la Cibot.

—Le diré á usted más—dijo el doctor.—Mi conciencia

de médico me prohíbe hablar al señor Pons de su muerte. En primer lugar, no está aún tan en peligro para esto, y además, esta conversación, por mi parte, le causaría una impresión tal, que podría agravarle y hacer entonces su enfermedad mortal.

—Pues yo no ando con rodeos para decirle que ponga en orden sus asuntos, y sin embargo, no se pone peor—exclamó la señora Cibot.—Ya está acostumbrado á esto, no tema usted nada.

—No prosiga usted, mi querida señora Cibot; esas cosas no son del dominio de la medicina, corresponden al notario.

—Pero, mi querido señor Poulain, si el señor Pons le preguntase él mismo cómo está y si haría bien en tomar sus precauciones ¿se negaría usted á decirle que para recobrar la salud es cosa excelente arreglar los negocios? Luego podría usted decirle algo de mi.

—¡Ah! si me habla de hacer testamento, yo no se lo quitaré de la cabeza—dijo el doctor Poulain.

—Bueno, eso es lo que se desea—exclamó la señora Cibot.—Venía á darle á usted las gracias por sus cuidados—añadió dándole tres piezas de oro envueltas en un papel.—Esto es lo único que puedo hacer por el momento. ¡Ah! si yo fuese rica, usted también lo sería, mi querido señor Poulain; usted, que es la imagen de Dios en la tierra... Señora, tiene usted un hijo que es un ángel.

Esto diciendo, la Cibot se levantó; la señora Poulain la saludó con aire amable, y el doctor la acompañó hasta la puerta. Allí, aquella espantosa lady Macbeth se sintió iluminada por una idea infernal: creyó que puesto que el médico aceptaba honorarios por una falsa enfermedad, tenía que ser su cómplice.

—¡Cómo! mi buen señor Poulain, después de haberme sacado con vida de mi accidente ¿se negará usted á salvarme de la miseria, diciendo algunas palabras?

El médico comprendió que había dejado que el diablo le cogiese por los cabellos, y asustado de perder su honradez por tan poca cosa, respondió á aquella idea diabólica, con otra idea no menos diabólica.

—Escuche, mi buena señora Cibot—repuso el médico, haciéndola entrar de nuevo y llevándola á su gabinete.—Voy á pagarle la deuda de agradecimiento que he contraído con usted, á quien debo mi empleo en la alcaldía.

—Nos la repartiremos—se apresuró á decir ella.

—¿El qué?—preguntó el doctor.

—La herencia—respondió la portera.

—Usted no me conoce—le dijo el doctor echándose las de Valerio Publicola.—No hablemos más de eso. Yo tengo un amigo de colegio, que es un muchacho muy inteligente, con el cual estoy tan relacionado, y que me inspira completa confianza. Mientras yo estudiaba medicina, él cursaba derecho, y cuando yo era interno, él practicaba en el despacho del procurador Couture. Hijo de un zapatero, como lo soy yo de un pantalonero, este muchacho no ha despertado grandes simpatías, ni ha encontrado tampoco capitales. Y se comprende, porque los capitales sólo se obtienen por simpatía. Sólo pudo lograr un estudio en provincias, en Mantes; pero los provincianos suelen apreciar tan poco las inteligencias parisienses, que á mi amigo le hicieron mil pilladas.

—¿Qué canallas!—exclamó la Cibot.

—Sí—respondió el doctor,—porque se coaligaron contra él de tal modo, que se vió obligado á vender su despacho y á salir de allí como culpable siendo víctima. El fiscal tomó cartas en el asunto, y como este magistrado era del país, favoreció á sus paisanos. Resultado, que un pobre muchacho, que está aún más seco y va más raído que yo y que se llama Fresal, se refugió en nuestro distrito, y como es abogado, se dedica á defender causas ante el juzgado de paz. Vive aquí cerca, en la calle de la Perla; vaya usted al número 9, suba tres pisos y ya verá en una puerta un friso con letras de oro con el letrero: *Despacho del señor Fresal*. Fresal se encarga especialmente, á precios módicos, de los asuntos contenciosos de los porteros, de los obreros y de todos los pobres del distrito. Es un hombre honrado, pues excuso decirle que si fuese un bribón arrastraría coche. Esta noche le veré yo. Vaya usted mañana temprano á su casa. El conoce al guardia de comercio, señor Louchard, al alguacil del juzgado de paz señor Tabareau, al juez de paz señor Vitel, y al notario señor Trognon. En fin, á todas las gentes de negocios del barrio. Si se encarga de su asunto, si puede usted hacer que sea consejero del señor Pons, tendrá usted en él otro yo mismo. Únicamente que no vaya usted á proponerle como á mí, cosas que atacan al honor. En fin, él tiene talento y ya se entenderán ustedes. Respecto al pago de sus servicios, yo seré el intermediario.

La señora Cibot miró al doctor malignamente y le dijo: —¿No es el hombre de leyes que sacó á la mercera de la calle Vieille-du-Temple, á la señora Florimón, del mal paso en que se había metido con la herencia de su amigo?

—El mismo—dijo el doctor.

—Y diga usted—exclamó la Cibot,—¿no es un horror que después de haber obtenido dos mil francos de renta, le haya negado su mano creyéndose en paz, según dicen, regalándole una docena de camisas de Holanda, veinticuatro pañuelos, en fin, todo un ajuar?

—Mi querida señora Cibot—dijo el doctor,—el ajuar valía mil francos, y Fresal, que empezaba entonces en el barrio, lo necesitaba. Por otra parte, le pagó religiosamente sus honorarios, y este asunto le ha valido otro á Fresal, que ahora está muy ocupado, si bien con una clientela como la mía.

—¿Cuántos justos hay que padecen en la tierra!—respondió la portera.—Bueno, mi querido señor Poulain, gracias y adiós.

Aquí comienza el drama, ó mejor dicho, la terrible comedia de la muerte de un solterón entregado, por la fuerza de las cosas, á la rapacidad de las naturalezas ávidas que se agrupan en torno de su cama y que tuvieron por auxiliares la pasión más viva, la de un cuadrómano, la avidez del señor Fresal, que visto en su caverna nos va á hacer temblar, y la sed de un auverniano capaz de todo, hasta de un crimen, por crearse un capital. Por otra parte, esta comedia, que tiene por prólogo al anterior relato, tiene por actores á todos los personajes que han salido á escena hasta ahora.

## CAPÍTULO XVIII

### Un hombre bueno

La corrupción de las palabras es una de esas extravagancias que para ser explicada exigiría volúmenes enteros. Escribid á un procurador ó á un abogado calificándole de *hombre bueno*, y le ofenderéis tanto como ofenderíais á un almacenista de coloniales escribiéndole una carta cuya dirección dijese: *Fulano de tal, abacero*. Un gran número de gentes de mundo que deberían conocer estas delicadezas, puesto que

en eso estriba toda su ciencia, ignoran aún que la calificación de *hombre bueno* es la injuria más cruel que se puede hacer á un actor. La palabra *monsieur* es el mejor ejemplo de la vida y la muerte de las palabras. *Monsieur* quiere decir *monseigneur*. Este título, tan considerable antaño, se reserva ahora para los reyes, mediante la transformación de *sieur* en *sire* y se da á todo el mundo, y sin embargo, *messire*, que no es más que un equivalente de la palabra *monsieur*, es objeto de artículos en los periódicos republinanos cuando por casualidad aparece en una esquela mortuoria. Magistrados, consejeros, juriscultos, jueces, abogados, oficiales ministeriales, procuradores, alguaciles, agentes de negocios y defensores son las distintas clasificaciones que se pueden hacer de las gentes que administran justicia. Los dos últimos peldaños de esta escala son: el *alguacil* y el *hombre bueno*. El alguacil es el hombre de justicia por casualidad y está en los juzgados para asistir á la ejecución de los juicios, es en los asuntos civiles una especie de verdugo. Respecto al *hombre bueno*, es la injuria propia de la profesión y viene á ser á la justicia lo que el hombre de letras es á la literatura. En todas las profesiones de Francia, la rivalidad que las devora ha encontrado medios de rebajamiento. Cada profesión tiene su insulto. El desprecio que encierran las palabras hombre de letras y hombre de leyes desaparece en plural. Se puede decir perfectamente, sin agraviar á nadie, gentes de letras, gentes de leyes; pero en París cada profesión tiene sus omegas, individuos que ponen la profesión al nivel del pueblo. Así, el *hombre bueno*, el pequeño agente de negocios, existe aún en ciertos barrios, como se encuentra aún en el mercado el prestamista en pequeño, que es á la Banca lo que el señor Fresal era al colegio de abogados. ¡Cosa rara! las gentes del pueblo temen á los oficiales ministeriales como temen las fondas de lujo, y sin embargo se dirigen á los agentes de negocios como van á beber á la taberna. La igualdad es la ley general de las diferentes esferas sociales. Sólo á los seres distinguidos les gusta allanar las alturas, porque éstos no sufren al verse en presencia de sus superiores, los cuales les hacen puesto; bien es verdad también que los advenedizos, sobre todo los que saben hacer desaparecer los defectos de su cuna, son excepcionales.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, la señora Cibot buscaba en la calle de la Perla la casa en que vivía su futuro

consejero el señor Fresal, el *hombre bueno*. Era aquella una de esas casas viejas habitadas por la clase media de antaño. Se entraba en ella por un callejón. El piso bajo, ocupado en parte por la portería y la tienda de un ebanista, cuyos talleres y almacenes llenaban un pequeño patio interior, se hallaba dividido por el callejón y por la caja de la escalera, que estaba devorada por la humedad. En fin, toda aquella casa parecía atacada por la lepra.

La señora Cibot se fué derecha á la portería y encontró allí á uno de los colegas de Cibot, zapatero que en unión de su mujer y de dos hijos de corta edad se albergaba en un espacio de diez pies cuadrados con luces al patio. La más cordial armonía reinó entre las dos mujeres tan pronto como la Cibot declaró su profesión y nombró su casa de la calle de Normandía. Después de un cuarto de hora de charla inútil, durante el cual la portera del señor Fresal hacía el almuerzo para el zapatero y para sus dos hijos, la señora Cibot hizo versar la conversación acerca de los inquilinos y habló del *hombre bueno*.

—Vengo á consultarle para asuntos. Un amigo mío, el doctor Poulain, ha debido recomendarme. ¿No conoce usted al señor Poulain?

—Ya lo creo—dijo la portera, ¡si salvó á mi pequeño del crupl...

—También á mí me ha salvado, señora. Y diga usted, ¿qué hombre es ese señor Fresal?

—Querida mía—dijo la portera,—es un hombre que paga difícilmente á fin de mes.

Esta respuesta le bastó á la inteligente Cibot, la cual dijo:

—Se puede ser pobre y honrado.

—Ya lo creo—dijo la portera de Fresal.—Nosotros no nadamos en oro, ni siquiera en cobre, y sin embargo no debemos nada á nadie.

La Cibot se reconoció en aquel lenguaje.

—En fin, hija mía, se puede una fiar de él, ¿verdad?

—¡Ah diantre!—cuando el señor Fresal se empeña en una cosa, yo le he oído decir á la señora Florimón que no tiene igual.

—Y si le debía su fortuna, ¿por qué no se casó con él?—apresuró á preguntarle la Cibot.—Me parece que para una mercera que ha sido querida de un viejo, no es poca cosa llegar á ser mujer de un abogado.

—¿Que por qué? dijo la portera conduciendo á la Cibot hacia el callejón.—Ahora va usted á subir á su casa, ¿verdad, señora? Pues bien, cuando esté usted en su despacho ya sabrá por qué.

La escalera, que recibía escasas luces del patio, anunciaba que, excepto el propietario y el señor Fresal, los demás inquilinos ejercían profesiones mecánicas. Sus sucios peldaños llevaban las muestras de cada oficio, ofreciendo á las miradas trozos de cobre, botones rotos, pedazos de gasa y de esparto. Los aprendices de los pisos superiores habían dibujado en ella obscenas caricaturas. La última frase de la portera, excitando la curiosidad de la señora Cibot, la decidió, como es natural, á consultar al amigo del doctor Poulain, si bien reservándose el derecho de emplearle ó no emplearle en sus asuntos, según fuesen sus impresiones.

—Yo me pregunto á veces cómo la señora Salvaje puede estar á su servicio—dijo en forma de comentario la portera, que seguía á la señora Cibot.—Señora, la acompaño á usted—añadió—porque le voy á subir el periódico y la leche á mi propietario.

Al llegar al segundo piso, ó sea encima del entresuelo, la Cibot se encontró ante una puerta de pésimo aspecto. La pintura de color rojo estaba cubierta en veinte centímetros de ancho de una capa negruzca que habían depositado en ella las manos con el tiempo, capa que los arquitectos han intentado combatir en las habitaciones elegantes mediante la aplicación de cristales encima y debajo de las cerraduras. El postigo de aquella puerta, obstruido con escorias semejantes á las que inventan los fondistas para dar carácter vetusto á las botellas, no servía más que para que la puerta mereciese el sobrenombre de puerta de cárcel, y por otra parte, estaba en armonía con sus cerraduras, sus formidables goznes y sus grandes cabezas de clavo. Aquellos aparatos debieron haber sido inventados por algún avaro que estuviese reñido con el mundo. Las cañerías por donde bajaban las aguas de los fregaderos, añadían su cuota de hediondez á la escalera, cuyo techo ofrecía en todas partes arabescos dibujados con el humo de la candela, ¡y qué arabescos! El cordón de la campanilla, de cuyo extremo pendía una grasienta bellota, hizo resonar un campanilleo que denotaba alguna rotura en el metal. Cada objeto era un rasgo que estaba en armonía con el

conjunto de aquel horrible cuadro. La Cibot oyó el ruido de unos pasos pesados y la respiración asmática de una mujerona, presentándose al poco ante sus ojos la señora Salvaje. Era ésta una de esas viejas adivinadas por Adrián Brauver en sus cuentos de brujas, una mujer de cinco pies y seis pulgadas, de cara soldadesca, mucho más velluda que la de la Cibot, de gordura enfermiza, vestida con un traje ordinario, cubierta la cabeza con un madrás y con una especie de ruedas de carraca de oro en las orejas. Este cerbero llevaba en la mano una cacerola de hierro blanco llena de leche, que comunicó á la escalera un hedor más, que se sentía poco, á pesar de su nauseabunda azeritud.

—¿Qué se le ofrece á usted, señora?—preguntó la señora Salvaje.

Y con aire amenazador dirigió á la Cibot, que sin duda le parecía que iba bien vestida, una mirada tanto más temible, cuanto que sus ojos eran naturalmente sanguinolentos.

—Vengo á ver al señor Fresal de parte de su amigo el doctor Poulain.

—Entre usted, señora—respondió la Salvaje con aire que se hizo de pronto cariñoso y que probaba que debía estar advertida de aquella visita matutina.

Y después de haber hecho una reverencia de teatro, la criada medio macho del señor Fresal, abrió bruscamente la puerta del despacho que daba á la calle, en el cual se encontraba el antiguo procurador de Mantes. Aquel despacho se parecía en un todo á esos pequeños despachos de alguacil de tercer orden cuyos estantes son de madera ennegrecida y cuyas cosas todas trascienden á viejo, incluso el piso, que suele ser gris del polvo, y el techo, que acostumbra á estar amarillo á causa del humo. El espejo de la chimenea estaba sucio, los morrillos soportaban leña económica, el reloj valía sesenta francos y había sido comprado en alguna subasta judicial, y los candelabros que lo acompañaban eran de zinc y estaban tan mal pintados, que dejaban ver el metal. El señor Fresal, hombrecito seco y enfermizo, de cara roja cuyos granos anunciaban una sangre muy viciada, se rascaba incesantemente el brazo derecho, y su peluca echada hacia atrás dejaba ver un cráneo de color de ladrillo de siniestra expresión. Al ver á la Cibot, se levantó de su asiento y tomó un aire agradable y una voz

atiplada para decir al mismo tiempo que le ofrecía una silla:

—¡Supongo que será usted la señora Cibot!

—Sí, señor—respondió la portera perdiendo su habitual aplomo.

La señora Cibot se asustó al oír aquella voz que se parecía á la de la campanilla, y al ver los verdosos ojos de su futuro consejero. El despacho estaba tan en armonía con Fresal, que hacía creer que su aire fuese pestilente. Entonces comprendió la señora Cibot el por qué la señora Florimón no había querido ser la señora Fresal.

—Mi querida señora, el señor Poulain me ha hablado de usted—dijo el hombre bueno con una voccecita agria y clara como un vino del país.

Dicho esto, aquel agente de negocios procuró arrojarse cubriendo sus puntiagudas rodillas con los faldones de una bata de indiana, cuya guata se tomaba la libertad de salir por varias roturas. Pero el peso de la guata arrastraba los faldones y dejaba al descubierto una casaca de franela que se había vuelto negruzca. Después de haberse abrochado con aire fatuo aquella bata refractaria á dibujar su talle de caña, Fresal reunió de un tenazazo los dos tizones que se evitaban hacía ya tiempo como si fuesen dos hermanos enemigos. Después, movido por un pensamiento súbito, se levantó y gritó:

—¡Señora Salvaje!

—¿Qué hay?

—No estoy para nadie en casa.

—¡Eh! ¡pardiez! ya lo sé—respondió la marimacho con voz autoritaria.

—Es mi nodriza—dijo el hombre bueno con aire confuso á la Cibot.

Acto continuo, Fresal echó el cerrojo para que su criada no viniese á interrumpir las confianzas de la Cibot, y volviendo á sentarse procurando siempre arrojarse con su bata, dijo:

—Bueno, señora, explíqueme usted su asunto. Una persona que me viene recomendada por el único amigo que tengo en el mundo, puede contar conmigo en absoluto.

La señora Cibot habló durante media hora sin que el agente de negocios se permitiese la menor interrupción. Tenía el aire curioso de un quinto que escucha á un vete-

rano. El silencio y la sumisión de Fresal y la atención que parecía prestar á aquella charla, cuya muestra se ha visto ya en las escenas entre la Cibot y el pobre Pons, hicieron abandonar á la desconfiada portera algunas de las preveniciones que acababan de inspirarle los mil detalles innobles de la casa. Cuando la Cibot calló esperando un consejo, el hombre bueno, cuyos ojillos verdes habían estudiado ya á su futura cliente, se sintió atacado de una tos mortal y tuvo que recurrir, para contenerla, á un cacharro de porcelana que contenía una poción.

—Sin Poulain estaría ya muerto, mi querida señora Cibot—respondió Fresal á las miradas maternales que le dirigía la portera.—Pero, según dice, me devolverá la salud.

Fresal parecía haber perdido ya el recuerdo de las confianzas de su cliente, que pensaba ya en abandonar á semejante moribundo.

—Señora, en materia de herencias, antes de pasar adelante, es preciso saber dos cosas—repuso el antiguo procurador de Mantes, poniéndose grave.—Primero, si la herencia vale la pena que uno se toma por ella, y segundo, quiénes son los herederos; pues si la herencia es el botín, los herederos son el enemigo.

La Cibot habló de Remonencq y de Elías Magus, y dijo que estos dos perros viejos valoraban la colección en seiscientos mil francos.

—¿La tomarían ellos por ese precio?—preguntó el antiguo procurador de Mantes—porque, mire usted, señora, los negociantes no creen en cuadros. Un cuadro, lo mismo puede valer mil pesetas que cien mil francos, y los de cien mil francos son muy conocidos; y aun así y todo, no sabe usted cuántos errores se cometen. Un hacendista muy conocido, cuya galería era alabada, visitada y hasta grabada, es reputado de haber gastado en ella millones... Y una vez muerto, sus buenos cuadros no han producido más que doscientos mil francos... Sería preciso traerme á esos señores. Pasemos á los herederos.

Y Fresal se puso en actitud de escuchar. Al oír el nombre del presidente Camusot, hizo un movimiento de cabeza acompañado de una mueca que llamó mucho la atención de la Cibot, la cual intentó en vano leer en aquella fisonomía, pues vió que era, como vulgarmente se dice, de hielo.

—Sí, mi querido señor—repitió la Cibot,—mi señor

Pons es el propio primo del presidente Camusot de Marville. Me habla de su parentela dos veces al día. La primera mujer del señor Camusot, almacenista en sedas...

- Que acaba de ser nombrado par de Francia.
- Era una señorita Pons, prima hermana del señor Pons.
- Son primos hijos de hermanos...
- No son nada, están reñidos.

El señor Camusot de Marville había sido, durante cinco años, presidente del tribunal de Mantes, antes de venir á París. No solamente había dejado recuerdos allí, sino que además había conservado las relaciones; pues su sucesor, aquel de los jueces con quien se había unido más durante su permanencia, presidía aún el tribunal, y por consiguiente, conocía á fondo á Fresal.

—¿Sabe usted, señora, que tendrá por enemigo capital á un hombre que puede enviar á las gentes al patíbulo?—dijo cuando la Cibot hubo detenido las rojas esclusas de su boca torrencial.

La portera dió en su silla un salto, que le hizo parecerse á ese juguete llamado *una sorpresa*.

—Cálmese, mi querida señora—repuso Fresal.—Que ignore usted lo que es el presidente del Tribunal Supremo, nada es más natural; pero usted debía saber que el señor Pons tenía un heredero legal natural. El señor presidente de Marville es el único heredero del enfermo de usted, pero es colateral en tercer grado; así, pues, el señor Pons puede, con arreglo á la ley, hacer lo que quiera de su fortuna. Usted ignora aún que la hija del señor presidente se ha casado, hace unas seis semanas, con el hijo mayor del conde Popinot, par de Francia, antiguo ministro de Agricultura y de Comercio, uno de los hombres más influyentes de la política actual. Esta alianza hace al presidente mucho más temible que lo es como soberano del Tribunal Supremo.

La Cibot se estremeció otra vez al oír estas palabras.

—Sí, él es quien puede enviarle á galeras—repuso Fresal.—¡Ah! mi querida señora, usted no sabe lo que es una bata roja. ¡Ya es mucho el tener una sencilla bata negra como yo! Si usted me ve aquí arruinado, calvo, moribundo... pues bien, es por haber tropezado, sin saberlo, con un sencillo fiscal de provincias. Me han obligado á vender mi estudio perdiendo, y me he considerado feliz con poder salir abandonando mi fortuna. Si hubiese intentado resistir, no hubiera

podido conservar mi profesión de abogado. Lo que usted ignora aún, es que si no se tratase más que del presidente Camusot, eso no sería nada, pero ¡hay una mujer! Y si se encontrase usted frente á frente con ella, temblaría usted como si estuviese en el primer peldaño del cadalso, se le pondrían los pelos de punta. La presidenta es vengativa hasta pasar diez años para hacerle caer en un lazo donde perecería usted. Hace obrar á su marido como un niño hace bailar á una peonza. Ella ha sido la causa de que se suicidara un encantador muchacho empleado en la Conserjería; ella ha hecho encanecer á un conde que se hallaba bajo una acusación de fraude; ella ha estado á punto de hacer interdecir á uno de los más grandes señores de la corte de Carlos X; en fin, ella ha derribado al procurador general señor de Grandville...

—¿Que vivía en la Vieille rue du Temple, en el ángulo de la calle de San Francisco?—dijo la Cibot.

—El mismo. Dicen que quiere hacer ministro de Justicia á su marido, y no sé si conseguirá su objeto... Si se le metiese en la cabeza la idea de llevarnos á nosotros dos á la audiencia y después á presidio, yo que soy inocente como un recién nacido, tomaría un pasaporte y me iría á los Estados Unidos... tan bien conozco la justicia. Ahora bien, mi querida señora Cibot, para poder casar á su hija única con el vizconde Popinot, que será, según dicen, heredero de su propietario, el señor Pillerault, la presidenta se ha despojado de toda su fortuna, tanto, que en este momento el presidente y su mujer están reducidos á vivir con el sueldo de la presidencia. ¿Y cree usted, mi querida señora, que en estas circunstancias descuidará la presidenta la herencia del señor Pons? Preferiría afrontar cañones cargados de metralla, que saber que tenía contra mí á una mujer semejante.

—Pero—dijo la Cibot,—están reñidos.

—¿Qué importa eso?—dijo Fresal.—¡Razón de más! Matar á un pariente de quien se queja uno, es algo; ¡pero heredarle es un placer!

—Pero el buen hombre odia á sus herederos; me repite todos los días que esas gentes, me acuerdo de los nombres, el señor Cardot, el señor Berthier, etc., le han aplastado como á un huevo que se encontrase bajo un chirrión.

—¿Quiere usted ser pulverizada así?

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó la portera.—¡Ah! la

señora Fontaine tenía razón cuando decía que yo encontraría obstáculos; pero ha dicho que saldría airosa...

—Escuche usted, mi querida señora Cibot: que saque usted de ese negocio treinta mil francos, es muy posible; pero no piense usted en la herencia... Hemos hablado de usted y de su asunto el señor Poulain y yo, ayer por la noche...

Al oír esto, la señora Cibot dió otro salto en su silla.

—¿Qué tiene usted?

—Pero si conoce usted mi negocio, ¿por qué me ha dejado hablar como una cotorra?

—Señora Cibot, conocía su asunto, pero no conocía á la señora Cibot. Tantos clientes, tantos caracteres...

Al oír esto, la señora Cibot dirigió á su futuro consejero una singular mirada tan llena de desconfianza, que no pasó desapercibida para Fresal.

## CAPÍTULO XIX

### La última palabra de Fresal

—Continúo—repuso Fresal.—Nuestro amigo Poulain fué presentado por usted al viejo señor Pillerault, tío de la señora condesa de Popinot, y esa es una de las causas de que le esté á usted agradecido. Poulain va á ver á su propietario (fijese bien en esto) cada quince días, y ha sabido todos esos detalles por él. Este antiguo negociante asistía al casamiento de su sobrino tercero (pues es un tío rico, tiene quince mil francos de renta, y desde hace veinticinco años vive como un monje, y apenas si gasta mil escudos al año...), y ha explicado el asunto del matrimonio á Poulain. Según parece, esa riña ha sido causada por su buen músico, que ha querido deshonorar, por venganza, á la familia del presidente. Para condenar hay que oír á las dos partes... El enfermo de usted se dice inocente, pero el mundo le mira como á un monstruo...

—No me extrañaría nada que lo fuese—exclamó la Cibot.—Figúrese usted que hace ya diez años que gasto dinero mío con él, lo sabe, tiene mis economías, y no quiere ponerme en su testamento... No, señor, no quiere, es testarudo como un mulo. Hace ya diez días que le hablo de ello, pero él no se mueve, como si fuese un muerto. No des-

pega los labios; me mira con un aire... Lo único que me ha dicho es que ya me recomendaría al señor Smuke.

—¿Quiere hacer, pues, testamento á favor del señor Smuke?

—Se lo dejará todo...

—Escuche usted, mi querida señora Cibot, sería preciso, para que yo tuviese ideas fijas, para concebir un plan, que conociese al señor Smuke, que viese los objetos de que se compone la herencia, que tuviese una conferencia con ese juicio de quien me ha hablado usted; y entonces, déjeme que yo la dirija...

—Ya veremos, mi querido señor Fresal.

—¿Cómo ya veremos?—dijo Fresal dirigiendo una mirada viperina á la Cibot y hablando con su voz natural. ¡Eh! ¿soy ó no su consejero? Entendámonos.

La Cibot se vió adivinada y sintió frío en los huesos.

—Posee usted toda mi confianza—respondió al verse á merced de un tigre.

—Nosotros los procuradores estamos acostumbrados á las tracciones de nuestros clientes. Examine usted bien su posición: es soberbia. Si sigue usted mis consejos de *pe á pa*, le garantizo que sacará cuarenta mil francos de esa herencia. Pero esta hermosa medalla tiene un reverso. Suponga usted que la presidenta sabe que la herencia del señor Pons vale un millón y que usted quiere disminuirla, pues siempre hay personas que se encargan de decir esas cosas... dijo á modo de paréntesis.

Este paréntesis, abierto y cerrado por dos pausas, hizo estremecer á la Cibot, que pensó en seguida que Fresal se encargaría de hacer la denuncia...

—Mi querida señora, en diez minutos se obtendrá el despido de usted de la portería, y le concederán dos horas para mudarse...

—¿Qué me importa eso?—dijo la Cibot irguiéndose como una Belona,—me quedaría en casa de esos señores como mujer de confianza.

—Y al ver eso, le tenderían á usted un lazo, y usted y su marido se despertarían una hermosa mañana en un calabozo, bajo el peso de una acusación capital...

—¡Yo!...—exclamó la Cibot.—¡Yo, que no he quitado un céntimo á nadie!... ¡Yo!... ¡yo!...

Habló durante cinco minutos, y Fresal examinó á aquella

gran artista ejecutando un concierto de elogios dirigidos á ella misma. Estaba frío, socarrón, su mirada penetraba en la Cibot como un escarpelo, reía por dentro y su seca peluca se movía. Era Robespierre en la época en que aquel Sila francés hacía cuartetos.

—¿Y cómo? ¿y por qué? ¿y con qué pretexto?—preguntó ella para terminar.

—¿Quiere usted saber cómo podría ser guillotinado?...

La Cibot quedó pálida como una muerta, pues aquella frase cayó sobre su cuello como la cuchilla de la ley, y miró á Fresal con aire extraviado.

—Escúcheme usted bien, mi querida señora—repuso Fresal conteniendo un movimiento de satisfacción, que causó espanto á su cliente.

—Preferiría dejarlo todo como está—dijo la Cibot murmurando.

Y quiso levantarse.

—Quédese, pues debe conocer usted el peligro que corre, le debo mis luces—dijo imperiosamente Fresal.—Es usted despedida por el señor Pillerault, eso no ofrece dudas, ¿verdad? Se convierte usted en la criada de esos dos señores, ¡muy bien! Es una declaración de guerra entre la presidenta y usted. Es usted capaz de hacerlo todo para apoderarse de esa herencia, sacar de ella tajada...

La Cibot hizo un gesto.

—No la critico á usted, porque eso no es de mi incumbencia—dijo Fresal respondiendo á aquel gesto de su cliente.—Esta empresa es una batalla, é irá usted más lejos de lo que cree. Se emborracha uno con su idea, se pega fuerte...

Otro signo de negación de parte de la señora Cibot, que se exasperó.

—Vamos, vamos, madrecita mía—repuso Fresal con horrible familiaridad,—irá usted lejos...

—¡Eh! ¿me toma usted por una ladrona?

—Vamos, mamá, tiene usted un recibo del señor Smuke, que le ha costado bien poco. ¡Ah! está usted aquí confesándose, mi hermosa señora... No engañe usted á su confesor, sobre todo, cuando este confesor tiene el poder de leer en su corazón.

La Cibot se asustó de la perspicacia de aquel hombre, y comprendió la razón de la profunda atención con que la había escuchado.

—Pues bien—repuso Fresal,—puede usted tener por seguro que la presidenta no se quedará atrás en la carrera de la herencia... La observarán á usted, la espiarán... Usted obtiene del señor Pons que la ponga en su testamento... Perfectamente. Un día, la justicia viene, cogen una tisana, encuentran en el fondo de ella arsénico, y usted y su marido son detenidos, juzgados y condenados por haber querido matar al señor Pons, á fin de apoderarse de los legados de usted. Yo he defendido en Versalles á una pobre mujer tan inocente como usted lo sería en semejante caso; las cosas eran como le digo á usted, y lo único que pude hacer fué salvarle la vida. La desgraciada fué condenada á veinte años de trabajos forzados y los cumple en San Lázaro.

El espanto de la Cibot llegó al colmo. Pálida, miraba á aquel hombrecito seco, de ojos verduscos, como debía mirar la pobre Moresque, reputada de ser fiel á su religión, al inquisidor en el momento en que oía que la condenaban á la hoguera.

—¿Y dice usted, mi buen señor Fresal, que dejándole obrar á usted confiándole el cuidado de mis intereses, obtendrá algo, sin tener nada que temer?

—Le garantizo treinta mil francos—dijo Fresal, como hombre seguro de su palabra.

—En fin, ya sabe usted cuánto quiero al doctor Poulain—repuso ella con su voz más embelesadora,—él es quien me ha dicho que viniese aquí á verle á usted, y el digno hombre no me ha enviado aquí para oír que sería guillotinado como una envenenadora...

Y rompió á llorar, tanto la hacía estremecer la idea de la guillotina; sus nervios estaban excitados, el terror le oprimía el corazón, perdió la cabeza. Fresal gozaba de su triunfo. Al ver la duda de su cliente, comprendió que se le escapaba el negocio, y quiso domar á la Cibot, asustarla, dejarla estupefacta y atarla de pies y manos. La portera, entrada en aquel despacho como una mosca se arroja en una tela de araña, debía permanecer en ella ligada y enredada, y servir de pasto á la ambición de aquel hombrecito bueno. En efecto, Fresal quería hallar en aquel negocio el alimento de sus últimos días, la holgura, la dicha, la consideración. La víspera, durante la velada, todo había sido examinado cuidadosamente con la lente entre Poulain y él. El doctor había descrito Smuke á su amigo Fresal, y sus

espíritus alerta habían sondado todas las hipótesis y examinado los recursos y los peligros. Fresal, en un momento de entusiasmo, había exclamado:

—La fortuna de nosotros dos está en ese negocio.

Y había prometido á Poulain una plaza de médico jefe de un hospital de París, y se había prometido él mismo ser juez de paz del distrito.

¡Ser juez de paz! Esto era para aquel hombre lleno de capacidades, doctor en derecho y sin calcetines, una quimera tan difícil de lograr, que pensaba en ella como los abogados diputados piensan en la toga y los curas italianos en la tiara. ¡Era una locura! El señor Vitel, juez de paz, ante el que pleiteaba Fresal, era un anciano de sesenta y nueve años, bastante enfermizo, que hablaba de tomar el retiro, y Fresal hablaba á Poulain de ser su sucesor, como Poulain le hablaba de una rica heredera con quien se casaría después de haberle salvado la vida. No se sabe cuántas codicias inspiran todos los empleos que tienen residencia en París. Vivir en París es un deseo universal. Cuando queda vacante un estanco ó una administración de Loterías, cien mujeres se levantan como un solo hombre, y hacen moverse á todos sus amigos pera obtenerla. La vacante probable de una de las veinticuatro recaudaciones de París, causa multitud de ambiciones en la cámara de diputados. Estas plazas se dan en consejo, y el nombramiento es un negocio de Estado. El sueldo de un juez de paz de París es de unos seis mil francos. La escribanía de este tribunal es un estudio que vale cien mil francos, y una de las plazas más envidiadas del orden judicial. Fresal, juez de paz y amigo de un médico jefe de un hospital de París, se casaría ricamente y casaría al doctor Poulain; se ayudaban mutuamente. La noche había pasado su rodillo de plomo por todos los pensamientos del antiguo procurador de Mantes, y un plan formidable había germinado, plan frondoso y fértil en cosechas é intrigas. La Cibot era la oruga obrera de aquel drama. De suerte que la sublevación de este instrumento debía ser comprimida; y como no había sido prevista, el antiguo procurador acababa de abatir á sus pies á la audaz portera desplegando todas las fuerzas de su naturaleza venenosa.

—Vamos, mi querida señora Cibot, tranquilícese usted—le dijo tomándole la mano,

Aquella mano, fría como la piel de una serpiente, produjo una impresión terrible en la portera, resultando de ella algo así como reacción física que hizo cesar su emoción; encontró al sapo Astaroth de la señora Fontaine mucho menos peligroso de tocar que el bacal de veneno cubierto de una peluca rojiza y que hablaba como chirrían las puertas.

—No crea usted que la espanto intencionadamente—repuso Fresal después de haber notado aquel nuevo movimiento de repulsión de la Cibot.—Los asuntos que han creado esa terrible reputación á la señora presidenta son tan conocidos en la Audiencia, que puede usted consultar respecto á ese punto á quienquiera. El gran señor que han estado á punto de interdecir, es el marqués de Espard. El marqués de Esgrignon es á quien han salvado de galeas. El joven rico, hermoso, elegante y lleno de porvenir que debía casarse con una señorita perteneciente á una de las primeras familias de Francia, y que se ha suicidado en una chozuela de la Conserjería, es el célebre Luciano de Rubempré, cuyo acontecimiento ha revolucionado á todo París en su tiempo. Se trataba de una herencia, la de una entremetida, la famosa Esther, que ha dejado varios millones, y acusaron á aquel joven de haberla envenenado, pues era el heredero instituido en el testamento. Este joven poeta no estaba en París cuando murió dicha joven y no sabía que fuese el heredero... No se puede ser más inocente. Pues bien, después de haber sido interrogado por el señor Camusot, este joven se ahorcó en su calabozo... La Justicia es como la Medicina, tiene sus víctimas. En el primer caso, se muere por la Sociedad; en el segundo, por la Ciencia—dijo dejando escapar una horrorosa sonrisa.—Pues bien, ya ve usted que conozco el peligro... Yo he sido arruinado por la Justicia, yo, pobre procuradorcillo oscuro. Mi experiencia me cuesta muy cara y está toda á su servicio...

—No, muchas gracias—dijo la Cibot;—renuncio á todo; habré dado con un ingrato...! ¡No quiero más que lo que me debe! Tengo treinta años de probidad, señor. El señor Pons dice que me recomendará en su testamento al señor Smuke; pues bien, acabaré mis días en paz en casa de un buen alemán.

Fresal iba más allá de lo que se proponía: había desanimado á la Cibot, y se vió obligado á borrar las terribles impresiones que ella había recibido.

—No nos desesperemos—le dijo;—váyase á su casa tranquilamente, que yo llevaré por buen camino el negocio.

—Pero ¿qué es preciso que haga yo entonces, mi buen señor Fresal, para tener rentas y...?

—No tener remordimientos—dijo vivamente interrumpiendo á la Cibot.—¡Eh! precisamente para eso es para lo que se han inventado los hombres de negocios. No se puede obtener nada en esas cosas sin atenerse á la ley... Usted no conoce las leyes, yo sí. Conmigo estará usted al lado de la legalidad, y tendrá rentas en paz ante los hombres, pues la conciencia es cosa de usted.

—Pues bien, diga usted—repuso la Cibot, á quien estas palabras volvieron curiosa y feliz.

—No lo sé, no he estudiado el asunto en todos sus detalles, no me he ocupado más que de los obstáculos. Mire, primeramente es preciso que la incluyan á usted en el testamento, y no irá usted descaminada; pero ante todo, sepamos en favor de quien dispondrá Pons su fortuna, pues si usted fuese su heredera...

—¡No, no, no me quiere! ¡Ah! si yo hubiese sabido el valor de sus *anticuallas*, si hubiese sabido lo que me ha dicho de sus amores, hoy estaría sin ninguna inquietud.

—En fin—repuso Fresal;—no se detenga usted. Los moribundos tienen singulares capricos, mi querida señora Cibot, engañan muchas esperanzas. Que haga testamento, y ya veremos después. Pero, ante todo, es preciso valorar los objetos de que se compone la herencia. Así, pues, póngame usted en relación con el judío y con Remonencq, que nos serán muy útiles. Tenga usted confianza en mí, soy todo suyo. Soy el amigo de mi cliente, cuando él es amigo mío. Amigo ó enemigo, tal es mi caracter.

—Pues bien, seré toda de usted—dijo la Cibot,—y respecto á los honorarios, el señor Poulain...

—No hablemos de eso—dijo Fresal.—Piense en mantener á Poulain en la cabecera del enfermo; el doctor es uno de los corazones más honrados y más puros que conozco, y tenemos necesidad de tener ahí un hombre seguro... Poulain vale más que yo, yo me he vuelto malo.

—Ya lo parece usted—dijo la Cibot;—pero yo me fiaría de usted...

—¡Y tendrá usted razón!—dijo él.—Venga á verme

cuando ocurra algo y vaya... Usted es una mujer inteligente é irá todo bien.

—Adiós, mi querido señor Fresal, que se conserve... servidora de usted.

Fresal acompañó á la portera hasta la puerta, y allí, como hizo ella la víspera con el doctor, le dijo la última palabra.

—Si pudiese usted hacer de manera que el señor Pons me pidiese mis consejos, sería un gran paso dado...

—Lo procuraré—respondió la Cibot.

—Mi querida mamá—repuso Fresal haciendo entrar á la Cibot hasta su despacho,—conozco mucho al señor Trognon, notario; es el notario del barrio. Si el señor Pons no tiene notario, háblele usted de este, haga de manera que lo tome...

—Comprendido—respondió la Cibot.

Al retirarse, la portera oyó el roce de una falda y el ruido de un paso pesado que quería ser ligero. Una vez sola en la calle, la portera, después de haber caminado durante un momento, recobró su libertad de espíritu. Aunque permanecía bajo la influencia de aquella conferencia y sintiese siempre gran horror por el patíbulo, la justicia y los jueces, tomó una resolución muy natural que iba á colocarla en una lucha sorda con su terrible consejero.

—¡Eh! ¿qué necesidad tengo de asociados?—se dijo—hagamos nuestra pacotilla, y después tomaré todo lo que me atrezcan para servir sus intereses...

Este pensamiento debía apresurar, como va á verse, el fin del desgraciado músico.

## CAPÍTULO XX

### La Cibot en el teatro

—Y bien, mi querido señor Smuke—dijo la Cibot entrando en la habitación,—¿cómo va nuestro querido enfermo?

—No muy bien—respondió el alemán.—Pons ha *deligado* toda la noche.

—¿Qué decía?

—¡*Tontegüas!* Que *guegula* que yo poseyese toda su *fogona* con la condición de no *vendeg* nada. ¡Y *llogaba!* ¡Pobre hombre! ¡Me ha hecho mucho daño!

—Ya le pasará, mi querido señor—repuso la portera.—